

JAUME CLOTET

LA HERMANDAD DEL
ÁNGEL CAÍDO



Jaume Clotet

La Hermandad del Ángel Caído

Traducción de Olga García Arrabal



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *La Germandat de l'Àngel Caigut*

© Jaume Clotet i Planas, 2024

© por la traducción: Olga García Arrabal, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Fotografía de la cubierta: © Agustín Escudero

Primera edición en Colección Booket: septiembre de 2025

Depósito legal: B. 12.686-2025

ISBN: 978-84-233-6837-2

Composición: Realización Planeta

Impreso en España

Capítulo 1

Acre, 18 de mayo de 1291

La Torre de las Moscas, situada en el extremo del dique de piedra y madera del puerto con la misión de proteger su entrada, era el testigo mudo de las últimas horas de la ciudad de Acre, capital agonizante del Reino Latino de Jerusalén. Hacia el mediodía, las murallas exteriores habían caído a manos de las tropas del sultanato mame-luco. En lo alto de algunas de las doce torres de los primeros muros ya ondeaban las banderas del sultán, al lado de los estandartes de sus aliados y vasallos. Otras eran antorchas gigantes devoradas por las llamas, que proyectaban millones de pavesas sobre una ciudad aterrorizada. El sonido incesante de las trompetas y los tambores de los sarracenos, ubicados encima de trescientos camellos, se mezclaba con los chillidos estremecedores de los desventurados que eran pasados a cuchillo, formando un estruendo aterrador.

No habría prisioneros. La paciencia del sultán Al-Ashraf Jalil se había agotado después de negociaciones in-

terminables con los delegados del Reino de Jerusalén. Los cruzados no parecían entender del todo su situación desesperada y habían rechazado, una y otra vez, la rendición incondicional a cambio de salvar la vida y recibir garantías de la evacuación a Europa. Ante semejante obstinación, el sultán había ordenado el asalto definitivo y sin cuartel. Sus consejeros, además, habían interpretado el impacto de una piedra arrojada desde un trabuquete a poca distancia de su tienda como un aviso de Alá para que no demorase más lo inevitable. Sentado frente a su gran tienda roja, Jalil contemplaba satisfecho cómo su glorioso ejército asaltaba una ciudad que codiciaba desde que había accedido al trono del sultanato, hacía justo un año. Deseaba pasar a la historia como el hombre que había ahuyentado a los cruzados para siempre y había enterrado su Reino de Jerusalén. Si era deseo de Alá, aquella misma noche podría ver cumplido su sueño y pronto podría regresar a El Cairo como soberano victorioso.

Los defensores de la ciudad se habían replegado detrás de las murallas interiores. Sabían que con esa maniobra podrían ganar tiempo, pero eran conscientes de que difícilmente salvarían la vida. Su fe insobornable hacia Jesucristo; no obstante, los empujaba a resistir hasta la última gota de sangre. Era su deber y la voluntad del Señor. El ejército mameluco era infinito y se precipitaba sobre Acre como un torrente irrefrenable. Durante días, las dos enormes catapultas del sultán, transportadas hasta allí desde Damasco y desde Hama —la Victoriosa y la Furiosa—, habían atormentado las murallas y las torres de defensa, mientras que sus zapadores habían logrado minar y derribar lienzos enteros de la muralla, entre ellos la Torre del Rey. Los defensores habían

hecho algunas salidas para debilitar el asedio y habían empleado el mítico fuego griego contra los mamelucos, pero aquellas razias apenas habían servido para retrasar la acometida final.

De las cuatro órdenes militares que defendían la ciudad, la de los lazaristas ya había sido prácticamente exterminada. Formada sobre todo por antiguos leprosos, los caballeros de la Orden de San Lázaro de Jerusalén habían demostrado en batallas anteriores que no tenían ningún temor a luchar hasta que quedase el último hombre. Al fin y al cabo, el tiempo de vida que obtenían después de superar aquella terrible enfermedad era una prórroga de Dios. Menos místicos y más prácticos, los caballeros teutones reculaban ordenadamente a medida que los mamelucos avanzaban, mientras que los templarios y los hospitalarios defendían con uñas y dientes cada metro de la ciudad. Sus grandes escudos con la cruz de San Jorge y sus espadas no detendrían aquel ejército infiel. Lo sabían muy bien. Solo un milagro podría salvar Acre, pero si en algo creían los cruzados era en los milagros.

Amarrada al muelle que conectaba la Torre de las Moscas con la ciudad, una galera se mecía sobre las agitadas aguas bajo el estandarte de la Orden del Temple. Otras naves, más grandes y más pequeñas, salían apresuradamente del puerto cargadas de refugiados que partían de Acre para no volver nunca más. Mujeres, criaturas, ancianos, peregrinos, judíos y mercaderes de todos los confines de la cristiandad huían para salvar la vida. Pero aquella galera, también atestada de refugiados, no parecía tener prisa por zarpar. En el castillo de popa, el viejo cómitre mallorquín Joan Bisbal continuaba impassible. Sus marineros, procedentes de todos los

rincones del Mediterráneo, aguardaban disciplinadamente la orden de zarpar con los ojos clavados en su capitán. Todo estaba dispuesto y a punto. Tan solo se necesitaba un gesto del cómitre y la nave emprendería un viaje sin retorno.

Su pasaje de miseria tampoco le quitaba los ojos de encima. Los niños lloraban, los adultos se lamentaban y los viejos rezaban. Veían que la galera ya estaba bastante llena y para ellos no tenía ningún sentido permanecer más tiempo en el puerto. Era cuestión de pocas horas que llegasen los mamelucos, y degollarían a todo aquel que encontrasen. En el muelle, marineros y templarios impedían por la fuerza que nadie más subiera a la nave. No cabía un alfiler.

Ajenos a las miradas suplicantes de su cargamento humano, los viejos ojos del cómitre solo observaban el castillo de los templarios, que se alzaba en la parte más occidental de la ciudad, imponente sobre los barrios próximos al puerto. Joan Bisbal tenía unos nervios de acero. Llevaba el riesgo, la frialdad y la obediencia en la sangre. Su padre ya había sido cómitre, y antes que él lo había sido su abuelo, que había transportado al ejército del rey Jaime para liberar Mallorca del yugo y la piratería islámicos.

—¡Debemos zarpar ahora mismo o nos matarán a todos! —gritó un caballero francés mientras subía la escalera del castillo de popa.

—No saldremos hasta que regresen los templarios con la carga. A fe de Dios que los esperaremos aquí —respondió el cómitre sin apartar la mirada de la fortaleza.

—¿Qué carga? Sois un majadero, ¿acabaréis con todos nosotros por un botín? —vociferó el hombre,

fuera de sí—. ¡Os ordeno que zarpéis inmediatamente o no respondo de mí!

—Haré lo que me he comprometido a hacer. Esta galera es propiedad de la Orden del Temple y solo zarpará cuando me lo ordene la Orden del Temple —respondió el cómitre, visiblemente molesto por semejante insolencia—. Dad gracias a Dios por estar dentro de la nave y que no os haga salir. Volved a vuestro puesto y cerrad la boca.

El caballero desenvainó la espada con un ágil movimiento y se abalanzó sobre el capitán de la galera.

—¡No permitiré que hagáis que nos maten a todos, insensato!

No tuvo tiempo de decir nada más ni de acercarse a su objetivo. Un marinero se interpuso inmediatamente entre ambos hombres y hundió la daga hasta la empuñadura en el vientre del caballero. El cómitre no se inmutó mientras el francés se desplomaba, agonizando y con los ojos desencajados.

—Bajad a este hombre al muelle y dejad que ocupe su lugar otra persona que lo merezca.

Sus hombres obedecieron de inmediato. Los marineros de aquella nave habrían dado la vida por su capitán, y lo seguirían al fin del mundo si se lo pidiese. Depositaron al moribundo sobre las losas de piedra del muelle e hicieron embarcar a una anciana que ya se había resignado a una muerte segura.

Finalmente, la portada de hierro del túnel que conectaba el castillo del Temple con el puerto, y que recorría bajo tierra todo el barrio de los pisanos, se abrió lentamente. Ocho caballeros de la orden emergieron de la oscuridad y se dirigieron apresuradamente hacia el muelle, al tiempo que las puertas del túnel se volvían a cerrar.

Cuatro de los monjes guerreros cargaban sobre sus hombros una caja voluminosa; los otros cuatro les abrían paso con los escudos entre una muchedumbre desesperada.

—¡Abrid paso, en nombre del gran maestro del Temple! —gritaban mientras empujaban a la multitud.

Recorrieron el muelle y embarcaron en la galera. Los cuatro monjes que transportaban la carga la depositaron justo bajo el palo mayor, como si buscasen la protección del estandarte de la orden. Se situaron a su alrededor y colocaron las manos sobre las empuñaduras de sus espadas. Uno de los templarios subió rápidamente al castillo de popa y asintió. El cómitre no perdió tiempo.

—¡Zarpamos! —gritó.

Todos los marineros salieron de la parálisis forzada en la que habían permanecido hasta entonces y maniobraron. Los refugiados respiraron aliviados cuando vieron que soltaban las amarras y la galera empezaba a moverse por las oscuras aguas del puerto. Lentamente, la nave viró a estribor y recorrió la Torre de las Moscas hasta salir a mar abierto. En el horizonte, sobre la línea del mar, el sol comenzaba a ponerse.

—¿Hacia dónde nos dirigimos, señor? —preguntó el cómitre al templario que había dado la orden de zarpar, que se había quedado a su lado—. ¿A Chipre?

El monje soldado, sin embargo, no lo estaba escuchando. No apartaba la mirada de la ciudad. Los incendios eran cada vez más numerosos, y los penachos de humo negro se confundirían pronto con la noche, que empezaba a cubrirlo todo. Aquella oscuridad duraría ya para siempre y el Reino de Jerusalén se convertiría en una leyenda, casi un mito, que se narraría con nostalgia en todas las iglesias y catedrales de Europa. La tierra

que había pisado Jesucristo quedaría definitivamente en manos de los infieles a partir de aquel año, que para siempre permanecería grabado en la memoria de los creyentes. El templario pensó en todos los compañeros que aún resistían desesperadamente en las torres y en las calles de Acre. Se ganarían un buen cielo.

Se esforzó por alejar esos pensamientos y concentrarse en el viaje que emprendían. Habían conseguido subir a bordo la caja y salir al mar, cumpliendo las órdenes del gran maestro. Aun así, no se podía dar nada por sentado. Todavía era posible algún encontronazo con una nave de piratas sarracenos. Era vital llegar sanos y salvos a un lugar seguro, donde esperarían nuevas órdenes. El futuro de la Iglesia dependía de ello. El contenido de aquella caja no podía caer en manos de los infieles. Y él y sus hombres se dejarían la piel para evitarlo. Si era necesario, la arrojarían a los abismos marinos.

—¿Rumbo a Chipre, señor? —insistió el cómitre. Esa vez el caballero templario reaccionó.

—Sí. Allí aún impera la ley de Dios.

Capítulo 2

Daniel Dayer se enjugó el sudor de la frente después de dejar la caja de madera llena de albaricoques encima del remolque del tractor. Aún tenía que recoger la fruta de una decena de albaricoqueros más antes de finalizar la jornada. Miró al cielo, donde solo la estela de condensación de un avión rompía un horizonte limpio de nubes. El sol de media tarde era su favorito, cuando brillaba con menos fuerza y empezaba a adquirir colores anaranjados. Cogió una caja vacía y se dirigió al árbol siguiente. Si no perdía el tiempo, podría acabar el trabajo en menos de media hora.

El terreno aterrazado le permitía ver más abajo el río Ródano, sobre cuyas aguas los rayos del sol centelleaban y rebotaban llevados por la corriente. Después del verano empezaría a llover con frecuencia y el río bajaría caudaloso, pero sería en primavera, con el deshielo, cuando aquel gran río adquiriría unas proporciones y una fuerza inigualables. Cuánto le gustaba aquel paisaje y los recuerdos que le evocaba.

Después de años de servicio en el Vaticano, Daniel

había regresado a su querido Valais, donde había nacido y crecido entre montañas nevadas, prados húmedos y pueblos inmutables al paso del tiempo. A sus sesenta y ocho años, podía considerarse un hombre feliz que había vivido intensamente. No podía pedir ni esperar nada más que una vejez plácida, una mente lúcida y una muerte serena. Estaba absolutamente convencido de que después de aquella vida terrenal gozaría de una eternidad plena, bien merecida en su caso. Después de todo, pocas personas había en el mundo que tuviesen tanta certeza como él de la existencia de otra vida.

Mientras esa otra vida no llegaba, y esperaba que le llegase cuanto más tarde mejor, pasaba los días trabajando en la abadía de San Mauricio de Agauno o en sus dependencias y los huertos cercanos. Le gustaba trabajar con las manos y sus inagotables habilidades eran una bendición para la comunidad. Cuando no estaba en el huerto, estaba en la carpintería, y cuando no estaba en la carpintería, estaba haciendo encargos con la camioneta. No sabía estarse quieto. «¿Alguien sabe dónde está Dayer?» se había convertido casi en una frase célebre entre los canónigos agustinos.

Le gustaba la vida monacal, pero nunca había sido llamado a seguir aquel camino y siempre se había mantenido seglar. Tampoco se había casado nunca. Nada le había impedido hacerlo, y cabe decir que no le habían faltado candidatas admirables. No solo era un hombre inteligente y atractivo de ojos azules y vivaces, sino que tenía una planta considerable y el físico resultante de la vida militar. De hecho, era necesario tener una altura mínima de 174 centímetros para ser miembro de la Guardia Suiza Pontificia, requisito inexcusable que había causado tantas frustraciones, y que él había supera-

do con once centímetros de margen. Pero siempre había rechazado el matrimonio por una u otra razón que seguramente tampoco habría sido capaz de concretar. Quién sabe si nunca había encontrado la mujer adecuada, quién sabe si le habían gustado más de la cuenta. En cambio, tenía muy claro que, si se hubiese casado y hubiera tenido hijos, sus superiores no le habrían encomendado algunas de las misiones para las cuales lo habían convocado. Tal vez una cosa compensaba la otra. A aquellas alturas, tanto daba. Remover el pasado era siempre un ejercicio estéril. Le gustaba más vivir el presente y preparar el futuro.

Como todo el mundo, Daniel Dayer tenía sus contradicciones, pero también sus convicciones y sus fidelidades. No había elegido aquel monasterio suizo por azar. La abadía se había fundado en el mismo lugar donde, según la leyenda, toda la Legión Tebana había sido masacrada en año 286 por orden directa del emperador Maximiano. La legión, que recibía aquel nombre porque tenía su sede en la ciudad egipcia de Tebas, había sido designada por Roma para aplastar la enésima revuelta de los galos. Para cumplir aquella misión, habían hecho una larga marcha a pie desde la orilla del Nilo hasta el corazón de Europa. Nada hacía sospechar que no cumplirían su tarea con eficacia hasta que acamparon en Agauno. Todos los legionarios se habían convertido al cristianismo, y por ese motivo se habían negado a practicar sacrificios paganos para invocar la victoria en el campo de batalla. Primero fueron diezmados dos veces seguidas, y ante su negativa persistente a celebrar los rituales paganos, todos y cada uno de los legionarios, con su comandante Mauricio al frente, fueron ejecutados. En total, 6 666 hombres perdieron la vida en aque-

llos campos por lealtad hacia Jesús, y su sangre regaría por siempre jamás aquellos árboles frutales. De resultas de aquella matanza, Mauricio y algunos de sus lugartenientes habían sido santificados, y por eso en el año 515 se levantó un monasterio que llevaba su nombre.

Hombres de milicia insobornables que habían mantenido su fe. Desde muy pequeño aquella historia le había fascinado, y era el motivo por el cual había escogido aquel monasterio para retirarse. Se sentía continuador de las convicciones de aquellos soldados, hasta el punto de que le gustaba considerarse el legionario número 6 667. Quizá fue aquello lo que lo había empujado a alistarse en la Guardia Suiza Pontificia, que unía de manera tan perfecta la vida militar y la religión cristiana. La cruz y la espada habían cambiado el mundo y eran los elementos indisociables de su propia vocación.

Daniel Dayer vivía en una casita a las afueras del pueblo, no muy lejos de la abadía, con su perro, Glock, un pastor alemán que lo seguía a todas partes. El nombre del perro decía muchas cosas sobre su pasado. No todo el mundo le pondría a su mascota el nombre de una de las pistolas más famosas del mundo, utilizada tanto por la Guardia Suiza Pontificia como por las fuerzas armadas suizas.

El sol comenzaba a ponerse detrás de las montañas y Glock soltó un ladrido seco. Precisamente estaba recogiendo los últimos albaricoques del último árbol, tal como había previsto. Aquella precisión era uno de los rasgos que más admiraba de sí mismo, fruto sin duda de una genética más germánica que francesa, en uno de los pocos cantones que tenían el alemán y el francés conjuntamente como lenguas oficiales. Daniel siempre había pensado que el Valais debía de ser de los pocos te-

territorios de Europa donde alemanes y franceses podían vivir sin pelearse.

Era el momento de volver a casa, comer algo ligero para cenar y leer un poco antes de dormir. *Mens sana in corpore sano* era, también, su divisa personal. Y la aplicaba a rajatabla. Cargó la última caja en el remolque, se subió al tractor descubierto y enfiló el camino de bajada hacia el monasterio. Para llegar debía cruzar el Ródano y atravesar el pueblo de San Mauricio. La villa era pequeña, alargada a lado y lado del río, y encajonada entre montañas. No era más grande porque sencillamente no disponía de espacio para crecer.

El tractor llegó enseguida al río. Empezó a cruzar el puente sobre el Ródano en dirección a la orilla izquierda, donde estaban el pequeño núcleo antiguo y la abadía, cuyo puntiagudo campanario lo saludaba por encima de los tejados. Oscurecía y en el puente no había prácticamente nadie. Solo pasaba algún ciclista, y el único sonido que quebraba el silencio era el traqueteo del tractor. Aun así, en el centro mismo del puente, en la acera del sentido contrario al suyo, había un hombre inmóvil, alto y espigado, vestido con una gabardina larga y negra, aunque era verano. Permaneció mirándolo todo el tiempo mientras Dayer pasaba frente a él. A pesar de los metros que los separaban, el antiguo miembro de la Guardia Suiza notó cómo aquella mirada descarada se le clavaba muy dentro y le provocaba una considerable incomodidad.

Aceleró el viejo tractor y acabó de cruzar el puente. Sentado a su lado, Glock también había levantado las orejas y miraba atrás, sin duda hacia aquella figura inesperada. Era evidente que el perro también se había puesto en alerta. Cinco minutos más tarde llegó al

recinto del monasterio, aún con la mosca tras la oreja. Metió el tractor y el remolque en el cobertizo, situado a un centenar de metros del edificio principal. Se disponía a guardar las cajas de los albaricoques en la sala refrigerada que había dentro del almacén, pero decidió cerrar la puerta del cobertizo. Nunca antes lo había hecho. No había tenido necesidad, viviendo en uno de los cantones más seguros del país más seguro del mundo. Pero su instinto de protección se lo aconsejó. Antes de cerrar la puerta, echó un vistazo a los jardines del monasterio y comprobó que no había nadie. Glock no se separaba de sus piernas, con la cola baja y las orejas muy tiesas.

Trasladó las primeras cajas a la sala refrigerada y comenzó a tranquilizarse. Glock se tumbó junto al tractor. Quizá el instinto le hubiese jugado una mala pasada a Dayer aquella tarde. Se hacía mayor. Esbozó una sonrisa forzada y respiró hondo mientras cogía otra caja de fruta del remolque.

De repente notó un escalofrío en la nuca y se dio la vuelta. De pie frente a él, alto como una torre, estaba el hombre del puente. Lo miraba con una sonrisa fría, totalmente inexpresiva.

—*Ego tandem inveni te* —dijo con una voz suave, casi sin mover unos labios finísimos.

De pronto Daniel Dayer lo entendió todo. El instinto no le había fallado. Su peor pesadilla se había hecho realidad y estaba allí mismo, delante de él. Aun así, reaccionó con rapidez e intentó darle un puñetazo al intruso, pero el hombre respondió aún más deprisa y con la mano derecha detuvo el golpe. Inmediatamente después lo agarró con la mano izquierda y lo lanzó contra una estantería llena de tarros de conserva. Dayer cayó

pesadamente mientras algunos botes de cristal se estrellaban contra el suelo.

Glock saltó como un león sobre el hombre, pero este alzó una mano y el perro cayó instantáneamente al suelo como un muñeco de felpa. Estaba muerto.

Antes de que Dayer pudiera incorporarse, magullado y dolorido, el hombre lo agarró y lo puso en pie sin ningún esfuerzo, como si fuese una brizna de paja. Sosteniéndolo frente a él, le dijo:

—¿Dónde está?

Dayer alzó la vista y lo miró de hito en hito. Los ojos del intruso eran de color gris, perfectamente simétricos sobre un rostro muy pálido; tenía el pelo negro como ala de cuervo.

—¿De verdad que aún no lo sabéis? —respondió Dayer lentamente—. Entonces es que hemos hecho bien el trabajo.

El rostro hasta ese momento inexpresivo del agresor se convirtió durante una milésima de segundo en un espectro. Rabioso, levantó a Dayer un palmo del suelo y exclamó:

—¿Qué sabrás tú, pobre mortal? No lo sabemos porque no siempre lo hemos buscado. Pero ahora mando yo, Belcebú, Príncipe del Infierno, Primer Lugarteniente y Señor de Ecron. Y la búsqueda se acerca a su fin.

Dayer no tenía ninguna posibilidad y lo sabía perfectamente. Su tiempo había acabado. Solo podía aspirar a una muerte honorable y a mantenerse fiel a todo aquello que había amado hasta el último aliento de vida.

—Te lo preguntaré por segunda y última vez: ¿dónde está? —dijo Belcebú, recuperando el rostro sereno y la voz pausada.

Dayer continuó mirándolo fijamente, pero no dijo

nada. Ante el silencio, los ojos de Belcebú brillaron con fuerza, sin duda para dar paso a un nuevo estallido de ira. De pronto vio cómo el antiguo miembro de la Guardia Suiza hacía una mueca con la boca, y tardó unas fracciones de segundo en entenderlo. Sus ojos refulgieron de rabia, le abrió la boca con las manos y le metió los dedos por la garganta.

—¡Escupe, cobarde!

Dayer ya no resistía, aunque se atragantaba por momentos.

—Has llegado tarde... —dijo de manera casi imperceptible cuando Belcebú le sacó los dedos de la boca.

Había roto un molar inferior artificial donde tenía guardada una pequeña dosis de cuatro gramos de cianuro. En pocos minutos habría muerto. Aquella cantidad podía matar a un buey. No había salvación posible.

Colérico, Belcebú lo tiró contra la pared del cobertizo con tanta fuerza que la agrietó. Medio aturdido en el suelo, Dayer gimió de dolor. El diablo lo levantó por el cuello con una sola mano y acercó el rostro a pocos centímetros del suyo. Un fuerte hedor a azufre impregnó los orificios nasales de Dayer. Haciendo de tripas corazón y gastando la poca energía que le quedaba, dijo:

—Tu naturaleza maligna te impide hacer nada. Solo puedes causar el mal. Tienes el poder de matar, pero no el de sanar.

—El suicidio es un pecado mortal. Te veré en el infierno hoy mismo y te martirizaré toda la eternidad si no me dices dónde está.

Daniel Dayer comenzaba a tener convulsiones. Conocía bien las fases de la muerte por envenenamiento. Pronto perdería el conocimiento y moriría poco después de un paro cardíaco.

—Que Dios me perdone.

Esas fueron sus últimas palabras. Los ojos se le pusieron en blanco y perdió el conocimiento mientras convulsionaba cada vez con más violencia. Belcebú lo lanzó contra las cajas de fruta, como un muñeco.

Unos minutos más tarde, las llamas devoraban el cobertizo lentamente. La puerta se abrió y Belcebú salió lentamente rodeado de humo. Cruzó el jardín hacia la entrada de la abadía mientras algunos monjes salían del edificio principal con el móvil en la mano llamando a los bomberos, sin que parecieran reparar en su presencia. A pesar de no lograr su objetivo, el demonio notaba que la búsqueda se estrechaba. Lo conseguiría más pronto o más tarde. Al fin y al cabo, tenía todo el tiempo del mundo.